

Ante la globalización del terror

*Apenas consumada la tragedia del 11-M, con los cadáveres aún calientes, RAZÓN y FE, bajo el título **Rearme moral contra el terrorismo**, publicó un editorial del que éste quiere ser continuación. Con casi 200 muertos y 1.700 heridos a pocas noches de la pesadilla, no resulta fácil enfriar el cerebro y realizar algunas reflexiones sensatas y con sentido sobre el terrorismo que, en diversas escalas y modalidades, nos envuelve. Pero nuestra obligación es intentarlo. En la primera parte describiremos los rasgos del nuevo terrorismo; en la segunda, propondremos las líneas de reflexión por las que debe progresar nuestro rearme intelectual, moral y estratégico.*

El terrorismo, fenómeno global

Siempre hemos considerado peligrosa y sospechosa la teoría del conflicto de civilizaciones, preconizada por **Huntington**. Creer en ella significa contribuir a hacerla realidad, sobre todo si los creyentes son tan poderosos como EE UU. En otro comentario editorial denunciamos

el peligro de que, asumida por la primera potencia mundial, la profecía de Huntington podría auto cumplirse. En el momento presente, es evidente que algunos episodios de terrorismo están ligados al conflicto entre civilizaciones entre el mundo árabe islámico y el mundo Occidental («judíos y cruzados», en lenguaje de las emisoras árabes). Muchos de estos episodios terroristas tienen raíces anteriores a la formulación de la teoría del conflicto y están ligados a demandas políticas y étnicas, como sucede en Chechenia y Oriente Medio. De lo que aún no somos capaces es de discernir en qué medida el terrorismo se ha fortalecido —que ciertamente lo ha sido— por la política del miedo y de la sospecha practicada por el mundo occidental.

Existen terrorismos en los que predomina la dimensión local, cuyas causas poco tienen que ver con el choque de civilizaciones, sino con conflictos étnicos, políticos, sociales o económicos: Chechenia, Sudán, Nigeria, Irlanda del Norte, España, Colombia... Cada uno de ellos exige un análisis específico de sus causas, modos de operar y efectos.

Pero, desde mucho antes del 11-M, los expertos analizan el terrorismo, incluido el que aparentemente sólo se produce a escala local, por las conexiones actuales y potenciales, como **fenómeno global** y en la perspectiva de la dinámica global. Conflictos y actos de terrorismo los ha habido siempre; las civilizaciones se están enfrentando hoy, como ha sucedido siempre a lo largo de la historia. La diferencia está en que, actualmente, por la irrupción de la estrategia terrorista, los enfrentamientos ya no terminan con la rendición de una parte ni, generalmente, con la firma de la paz o el establecimiento de treguas casi siempre fingidas. Los terroristas se sienten apoyados y con capacidad de regenerar indefinidamente sus fuerzas mediante exaltaciones martiriales o búsqueda de apoyos.

Las decisiones tomadas en cualquier punto del planeta se ejecutan en el mismo o en otro muy alejado y los planteamientos y estrategias de grupos diferentes pueden ser coordinadas a distancia. Poco importa que las decisiones de abatir las Torres Gemelas en Nueva York el 11-S o de volar la estación de Atocha en Madrid el 11-M se tomaran en las

montañas de Afganistán, en Frankfurt, en Iraq, en un punto del sur de Marruecos, o dentro de España. Poco importa que se atribuyan a *Al Qaida*, un grupo islamista marroquí, un grupo terrorista interno o todos ellos. La realidad es que el terrorismo está funcionando con la misma lógica global que la economía, la cultura y la política: sus centros de decisión están muy concentrados y sus ramificaciones, propagandísticas y ejecutoras, llegan a todas partes. No hay rincón del mundo que sea inmune a esta lacra.

Terrorismo de destrucción masiva

La nueva y más preocupante dimensión del terrorismo globalizado es la facilidad con que pueden producir terribles destrucciones, sólo equiparables a los peores episodios de la guerra. Los suicidas de las Torres Gemelas y los criminales (inductores y ejecutores) de Atocha usaron armas convencionales, pero pueden aún, para desgracia nuestra, escalar fácilmente el peldaño de las armas de destrucción masiva, cuya supuesta existencia sirvió de pretexto a la guerra de Iraq. Son las armas atómicas, biológicas y químicas, las temidas ABC (*Atomic, Biological, Chemical*), que pueden fabricarse con la complicidad de técnicos y traficantes de uranio enriquecido y con bacterias y sustancias de fácil adquisición, en cualquier vivienda o infravivienda de cualquier ciudad. ¿*Arde Nueva York?* el reciente libro de **Lapierre y Collins**, especula con esta posibilidad y la presenta como muy verosímil: en él se roba una bomba atómica en Pakistán y se la hace viajar en un contenedor hasta Port Elizabeth.

Psicosis de pánico

La indefensión de la sociedad ante las mil y una fórmulas no detectables con que los terroristas pueden planificar impunemente sus atentados produce en la generalidad de los ciudadanos una psicosis de miedo. Los ataques indiscriminados a lugares de gran aglomeración de personas (fiesta de Bali, teatro de Moscú o estación de Atocha), aunque se presenten como castigo a sionistas y cruzados, están específicamente planificados para generalizar el terror e inclinar las opiniones públicas a

que presionen al poder político para «claudicar» ante las reivindicaciones de los grupos terroristas. Los edificios públicos, los puertos, estaciones y aeropuertos incrementan los controles con más y cada vez más sofisticados *escáneres*, vuelan policías en los aviones comerciales, se exigen visados casi en todas partes, se controlan de nuevo las estancias en hoteles, se restablecen controles de fronteras que ya habían desaparecido. Y esto no sucede sólo en España; sucede en prácticamente todos los países, sobre todo en Occidente, pero también en África, Asia e Ibero América.

Todo estado psicótico suele producir efectos negativos. Los principales efectos negativos de la psicosis de terror generalizado son éstos: se produce la **metonimia perversa**, por la cual tomamos el todo por la parte. Porque haya islamistas y árabes que evidentemente son terroristas, se mira con desconfianza a todos los inmigrantes musulmanes y árabes, que en su mayoría son honrados y pacíficos. Crece el **sentimiento defensivo** («Occidente tiene que defenderse», dicen los estadounidenses; «Francia está en peligro», predica **Le Pen**). Este sentimiento de sentirse amenazado hará, está haciendo ya, que los países ricos se encierren cada vez más en sí mismos y de que la democracia se deteriore gravemente. El ascenso de la extrema derecha en Holanda y Francia es un síntoma de lo que decimos y no debe tomarse ni como excepción ni a la ligera.

Líneas de reflexión

Las viejas y nuevas dimensiones del terrorismo, la certeza de que ya no hay territorios exentos (tanto Reino Unido, que tiene una intervención fundamental en Iraq, como Francia, que no la tiene, se sienten amenazados) ni vale para nada *acogerse a sagrado* (ahí están los ataques a mezquitas en Iraq, a iglesias y mezquitas en Nigeria, a iglesias en Sudán) imponen el fortalecimiento de nuestras perennes convicciones morales, intelectuales y políticas, pero, al mismo tiempo, adaptarlas a las dimensiones cualitativa y cuantitativamente diferentes del nuevo terrorismo.

Profundización intelectual

Al terrorismo hay que **conocerlo y reconocerlo**. Todos tenemos el deber de estudiar las circunstancias, autojustificaciones y propósitos de cualquier acto terrorista, para discernir correctamente los caldos de cultivo: injusticias sufridas, usurpaciones territoriales, herencias históricas envenenadas, fanatismos... Es obligatorio conocer las civilizaciones, con su contenido religioso, que potencialmente pueden albergar fuentes de terrorismo y también elementos morales para su condena. Estudiar significa distinguir entre lo que en el islam es virtud (la piedad, la compasión) de lo que, en opinión de la mayoría de los imanes, es pecado (el odio, el asesinato, el terrorismo). Los párrafos de El Corán que incitan a la destrucción del infiel no pueden considerarse desconectados de toda la tradición práctica islámica que los ha interpretado a lo largo de la historia, en la que, salvo contadas ocasiones, ha preferido someter por convicción o, al menos, tolerar al no musulmán. La escuela podría ser el mejor vehículo para mejor conocer el verdadero rostro del Islam. Desde este convencimiento, lamentamos que el próximo gobierno se proponga eliminar, como alternativa a la Religión católica, el estudio no confesional del hecho religioso y de las aportaciones sociales, culturales y morales de otras religiones.

En cualquier caso, el ciudadano y el cristiano pueden encontrar en el panorama editorial español un amplio catálogo de títulos, de la más variada ideología y de autores tanto musulmanes como cristianos y agnósticos, que ayudará a mejor conocer el Islam, sus cofradías, su lenguaje político, las bendiciones y reprobaciones de los atentados, etc. Después del atentado de las Torres Gemelas se han publicado más de 50 libros en español (editoriales Alianza, Paidós, Bellaterra, Guadarrama, B.Barcelona, Taurus, Icaria, fundación *Sapere aude*, etc.)

Clarificación moral

Cualquier acto terrorista es cualitativamente perverso, tanto el asesinato de un concejal en Guipúzcoa como la doble hecatombe de

Atocha, tanto la muerte de ciudadanos producida por un *suicida de Alá* en Palestina como los asesinatos selectivos practicados por el gobierno israelí. A la hora de condenar el terrorismo no caben tibiezas ni dobles medidas. Tampoco es aceptable la justificación intelectual ni el callar cobardemente la condena concreta, sin edulcorarla con atenuantes como «no tienen otra alternativa», «es peor el terrorismo de Estado», «se lo podía esperar pues su predicación incitaba a los atentados suicidas» y similares.

A la metonimia del terror debemos oponer la metonimia del amor. Exigimos que sean buscados y castigados los culpables (intelectuales, inductores y ejecutores). Pero exigimos con la misma fuerza que no se culpe a todos los musulmanes y que, sobre todo, no paguen socialmente todos los inmigrantes de esta religión los crímenes de unos pocos.

No todas las leyes son justas, pero no cabe una justicia sin ley. Existen dos planteamientos básicos en la lucha contra el terrorismo: a) el que considera al terrorista como un *cometedor de delitos*, al que sólo se puede juzgar y condenar tras haberse probado su delito; b) el que considera que el terrorista es, esencialmente, un *delincuente* y que, por tanto, la sociedad tiene el derecho de privarlo de libertad y aun de eliminarlo físicamente. En esta segunda postura se define el Estado de Israel, como se ha puesto meridianamente de manifiesto en las Naciones Unidas, cuando el embajador israelí, dirigiéndose al embajador español **Inocencio Arias**, que acababa de votar la condena de Israel por el asesinato del jeque **Yasin**, preguntó duramente: «si ustedes hubieran sabido quién estaba planeando la masacre de Atocha, ¿no se hubieran creído moralmente obligados a eliminarlo?»

Entre estas dos posturas está claro que sólo la primera es moral y cívicamente aceptable. La segunda abre todas las puertas a la arbitrariedad y nos retrotrae a la selva. El ataque preventivo para eliminar a un terrorista no es justo, aunque sí lo es la detención preventiva de un posible terrorista, medida que no es irreversible, guarda la proporción debida con la probabilidad del mal que se quiere

evitar y, en todo caso, en los países democráticos garantiza la defensa jurídica y el juicio justo.

Nuevas estrategias

En las políticas supraestatales existen planteamientos razonables para dar una respuesta al terrorismo. En esa línea va la política antiterrorista fijada por la Unión Europea, al establecer un comisario, que dependerá directamente del Director de Política Europea de Seguridad Común (*Mister Pesc*, actualmente **Javier Solana**). Este comisario coordinará la información, la acción policial y judicial de todos los países de la UE.

La política bilateral también tiene planteamientos eficaces, entre los que es nuestra obligación destacar por su sentido de la realidad y por su eficacia. Citamos sólo dos ejemplos, a los que podrían añadirse otros:

Los acuerdos entre Libia y el Reino Unido, por los que el coronel **Gadafi** se compromete a luchar contra **Al Qaida**, al lado de Occidente, y **Blair** se compromete a ayudar al desarrollo de Libia.

La nueva orientación de Francia con Argelia y de España con Marruecos en las que se pretende intercambiar desarrollo por lucha activa contra las células –dormidas o camufladas en siglas– del fundamentalismo potencialmente terrorista.

El control de la psicosis del terror es una excelente arma antiterrorista. Lo que los terroristas pretenden es precisamente alterar el juicio racional de sus víctimas potenciales, inducirlos a espirales de violencia o a rendiciones. Vencer el miedo y obrar como si no se tuviera, votar como si no se temiera, desplazarse como si todo fuera seguro, es la respuesta cívica más correcta a quienes intentan que perdamos la razón. Si, a pesar de todo, nos lacera un acto terrorista, no deberíamos responder con la misma medida, porque la espiral de la violencia es

nefasta para todos y más para nosotros. Pero tampoco es exigible a nadie que ponga la otra mejilla o que aguante estoicamente sin reaccionar. Nuestra reacción debe ir en la línea de apoyar y exigir eficacia (preventiva y represiva) a las fuerzas de seguridad y eficiencia al sistema judicial nacional e internacional. La comunidad internacional debe plantearse llevar a los terroristas al Tribunal Penal Internacional o crear un tribunal especial para juzgar estos crímenes. Sería un paso importante en la lucha global contra un terrorismo globalizado. ■